

## COMENTARIO A MANN

**U**NO de los aspectos más interesantes de la personalidad de Tomás Mann,—el escritor alemán cuya obra literaria está apasionando al mundo—es, según su comentarista J. E. Spenlé, que no se ha sustraído al conocimiento de todos los problemas que interesan a la humanidad en la época actual. No se ha considerado jamás, por su vocación artística, un ser aparte de dichos problemas. Ni el culto romántico del genio, ni el estetismo, venido después, de la fórmula del «arte por el arte», han ganado su adhesión.

Separar el arte de la vida, como dos dominios distintos; estimarlos aún, como dos mundos enemigos, significa para él un concepto de la literatura que no ha aceptado nunca.

Todas las morales o ideologías para el uso exclusivo del artista, para acomodo de las bohemias anti-burguesas o de las idolatrías de cenáculos, son para Mann un síntoma de decadencia secreta, una negativa de aceptar la vida con sus defectos reales y sus múltiples responsabilidades. En el fondo, una deserción, una forma de derrotismo humano.

No es que el artista deba limitar su horizonte al de la salud común, del criterio vulgar y del mundo burgués. Más que ninguno, el artista está iniciado en todas las formas de la enfermedad y de la decadencia, por una disposición mórbida nativa, de la cual hay que reconocerle por lo general, el doloroso privilegio. Precisamente, a esta morbosidad congénita debe sus más finas clarividencias, todas las facultades excepcionales de creación y de adivinación que no podrían esperarse jamás de la salud normal; no hay en ésta tanto esprit, ni sutileza, ni visión futura. Y es aquí donde aparece la función propia del novelista: conquistar para la humanidad esas tierras desconocidas, esos dominios extraños o sospechosos, en que se revuelven la salud y la dolencia, la vida y la muerte, la razón y la locura. Mas, lo que debe precisarse perfectamente es el carácter «positivo» que debe revestir siempre en el artista esta representación misma de la decadencia, haciendo que se ponga bravamente al servicio de la vida.

En este sentido, el naturalismo vió claro cuando asimiló la actividad del novelista con la del médico, en la tarea común que se impone a los dos de hacer servir, sea por medio de la ciencia o del arte, el estudio de la decadencia, de la enfermedad, de la miseria o de la muerte, al avance mismo de la vida. Hay,

en dicha escuela literaria, por lo menos la forma de un «humanismo» nuevo, profundizado, a cuyo fin colaboran la literatura y la medicina. Es una forma parecida de humanismo la que inspira la actitud de Mann, frente a los problemas del momento actual.

Pasado el huracán de la guerra que conmovió profundamente la mentalidad humana, el problema post-bélico es ahora de paz. La lucha se ha trabado en el presente entre los que saben reconocer esta exigencia nueva de los espíritus y los que persisten en perpetuar una mentalidad de guerra; en mantener o aun en restaurar soluciones que en el pasado fueron las que empujaron a la catástrofe. El derrotismo ha cambiado ahora de objeto; se manifiesta por la negativa a entrar al servicio del futuro, de colaborar a las tareas que esta exigencia nueva de pacificación integral impone a la actividad creadora del espíritu.

A este respecto, ningún síntoma es más alarmante, a juicio de Mann, que aquel cuyas manifestaciones cree descubrir entre la juventud alemana de hoy, y al que no es extraña la juventud de todo el mundo. Lo que hace más peligroso este espíritu de reacción, que envuelve cierto desprecio del Espíritu, este obscurantismo nuevo, es que se presenta bajo un camoufflage revolucionario, que gusta de emplear un lenguaje científico y toma gratuitamente sus armas a la ideología más avanzada. Saca sus argumentos y pretende interpretar la vida moral de la humanidad, a la luz de un freudismo tendenciosamente vuelto en el sentido de esta mentalidad reaccionaria; se vale de este concepto del Inconsciente irracional para libertar el alma germánica de todos los respetos y las normas racionales, para soltar toda brida hacia un caos doctrinario. Mann defiende a Freud de la responsabilidad de estas tendenciosas desviaciones impuestas a su doctrina; porque éste, ante todo, es un médico, y la verdadera tendencia de su enseñanza es efectuar un análisis de los síntomas morbosos y de establecer las reglas de una nueva terapéutica. ¿Cuándo se ha visto a un médico tomar el partido de la enfermedad contra la salud, de la muerte contra el organismo vivo, aun cuando sepa que las primeras sean muchas veces inevitablemente victoriosas?

La importancia que Freud da a las impulsiones irracionales, escribe el novelista alemán, nunca han significado un desafío al espíritu, ni un homenaje rendido a esas fuerzas ocultas, por medio de las cuales la naturaleza se esfuerza en mantener indefinidamente la dominación de un pasado ciego.

Si la inteligencia humana es todavía impotente en presencia de estas fuerzas ciegas, ha dicho el mismo Freud, tarde que temprano tendrá que triunfar sobre ellas.

El psiquiatría vienés ha lanzado sus teorías revolucionarias creyendo siempre en el advenimiento del espíritu. Es lo que Mann quiere hacer entender a la juventud alemana de hoy. Sin embargo, persisten las voces que creen siempre que asistimos hoy a la creación de un mundo completamente nuevo, a una revolución sin precedentes, al menos en las costumbres y en la literatura; y que abolirá todos los respetos, todas las tradiciones, todos los lazos concebibles con el pasado. ¡Ficción de un simplismo ingenuo! Sin duda, la guerra ha suscitado una brusca solución de continuidad entre ayer y hoy; ha soliviantado una juventud que no quiere oír hablar de ningún educador, de ningún maestro; decidida a no escuchar más que las palabras de orden de algunos jefes de grupos, reclutados en sus mismas filas. Mas, ¿es posible figurarse una alianza de los jóvenes que excluyera a la larga a todo el resto de la humanidad? ¿Los hombres que ya no tienen veinte años, han podido vivir ciegos, sordos y aletargados, extraños a la vida de la humanidad, durante el período de la post-guerra?

Contra estos conceptos utópicos, la verdad es que la humanidad será siempre compuesta de jóvenes y viejos, es decir de la coexistencia de generaciones múltiples—niños, jóvenes, hombres maduros, ancianos—y en la forma de cada individuo aislado, debe normalmente atravesar estos estados sucesivos. Que la experiencia de la humanidad sea comparable a la experiencia completa de un solo y mismo individuo, hé ahí, el sentido profundo de toda civilización humana; es la idea dominante de este humanismo, que es un aprendizaje humano, una pedagogía humana, un ideal educativo, del cual Tomás Mann, ha recogido la herencia en la obra de Goethe, y que alumbró la tendencia de su propia obra.

Hay que reconocer que este humanismo es diverso del antiguo, que ha ganado en novedad y profundidad; que está distante del optimismo superficial de otras épocas. Educado, primero en la escuela del naturalismo, después en la de los médicos y psiquiatras modernos, ha logrado el conocimiento de todos los abismos, de todos los peligros, todas las resistencias formidables, y aun de las realidades irracionales, por medio de las cuales el pasado y la misma naturaleza se oponen a la obra civilizadora.

Mann estima que no sirve de nada querer echar un velo sobre ellas. Es preciso, por el contrario, poner en evidencia esas fuer-

zas de negación, de destrucción, de caos; obligar a mostrarse a esos demonios del pasado, cuya influencia persiste en las regiones turbias y oscuras de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad.

La obra de Mann tiende toda a este humanismo nuevo, de carácter positivo, que salvará los materiales de construcción del caos actual; y hará servir las fuerzas ciegas descubiertas para encauzar la humanidad hacia una actividad civilizadora fecunda. Y el arte, puesto al servicio de estas ideas, ya no podrá ser tildado de derrotista ante los problemas actuales.

Esta es, en síntesis, la interpretación que da Spenlé a la posición espiritual del gran novelista alemán, cuya última obra «La montaña mágica» no hace mucho vertida a otros idiomas, entre ellos al español, ha sido considerada como el libro de mayor calidad literaria y humana aparecido en los últimos tiempos.—  
CARLOS ACUÑA.

## LA OBRA DE GENARO ESTRADA

**E**L nombre de Genaro Estrada debe figurar en la lista de literatos mexicanos que comienza con Manuel Gutiérrez Nájera y termina con Castro Leal y Jaime Torres Bodet. Sin embargo, a causa de la propia virtud de su personalidad, que no se presta a entusiasmos pueriles ni a audaces clarinadas sensacionales, su nombre, como el de González Martínez, se ha mantenido en un silencio noble. A la inversa de la gran mayoría de escritores americanos, se inicia su obra con su hoy famosa antología *Poetas Nuevos de México*, en que nos presenta en forma admirable la producción lírica de su patria. Después de cinco años de silencio, aparece su libro de fantasías mexicanas *Visionario de la Nueva España*, cuatro años después su *Bibliografía de Amado Nervo*, un año más tarde su novela *Pero Galín* y, por último, en los días que corren, su libro de poemas *Crucero*.

*Poetas Nuevos de México* es la primera antología americana digna de tal nombre. Hasta entonces, estábamos acostumbrados a los indigestos parnasos con que periódicamente nos regalaba la casa «Maucci» de Barcelona, parnasos en los cuales, en arbitraria compañía, figuraban poetas excelentes al lado de destestables rimadores. Conocedor profundo de la literatura francesa, Estrada reproduce exactamente en su obra el plan de Ad. Van Bever y Paul Leautaud en su libro *Poetes d'Aujourd'hui*.